

Título del cuento: Mi historia sobre la brújula
Guadalupe López Ardaya
DNI: 48487556
Escuela a la que concurre: Instituto Tecnológico del Comahue
Año 1er Año
Localidad y provincia: Neuquén y Neuquén
Correo electrónico de la escuela: direccionitc@colegioitc.edu.ar



Mi historia sobre la brújula

Brújulas...temas sobre brújulas, pensé.

¿Cómo podría empezar un cuento sobre las brújulas?, me repetía a cada rato.

Hace unos días nos habían comentado sobre un concurso literario en base a una temática propuesta, “La brújula”. De verdad quería participar, pero no se me ocurría absolutamente nada.



Me adentré a seguir buscando, pero me acordé que mi hermano siempre fue un apasionado por la lectura y los instrumentos de orientación.

Entonces fui a su cuarto a consultarle.

— ¿Sabes alguna información sobre las brújulas?

— ¿Sobre brújulas? Creo haber leído algo sobre ellas—me dijo.

—La brújula es un invento chino, tiene alrededor de unos 1800 años de antigüedad. Al principio se usaban unas piedras magnetizadas para construir sus tablas adivinatorias,

hasta que una persona se dio cuenta que las piedras siempre apuntaban en la misma dirección, así surgió la construcción de las primeras brújulas. Con el tiempo se fueron mejorando y reduciendo su tamaño, para convertirse en unos instrumentos portables. La primera persona que se sabe que haya usado una brújula fue Zheng He, un navegante de la provincia china de Yunnan que realizó numerosos viajes oceánicos entre los años 1405 y 1433—me comentó.



Siendo sincera me sorprendí muchísimo, nunca se me habría ocurrido poner la historia detrás de la brújula.

Al pasar media hora, me dirigí a donde estaba mi mamá.

—Mamá, ¿Sabes algo sobre las brújulas? —le pregunté.

—De hecho, sí. ¿Te acuerdas el libro que una vez te di y no lo leíste? —me contestó.

— ¿Cuál libro? Si siempre los leo a todos—le dije.

Mi mamá siempre me recomendaba que leyera libros, pero había uno en particular que no me llamaba mucho la atención, era “La línea curva de tu sonrisa”, nunca me había esforzado en sentarme una tarde a leerlo, solo no le prestaba atención. Me sentía muy agotada después de realizar actividades en todo el día y comencé a leerlo. Una parte en particular me llamó la atención, su título decía “Brújula” y así se me ocurrió otra idea para escribir mi cuento.

Brújula

“Dicen que hace falta desorientarse, una y otra vez, para saber quién eres.”

Y sobre todo, encontrar ese punto cardinal, donde todos soñamos con llegar.

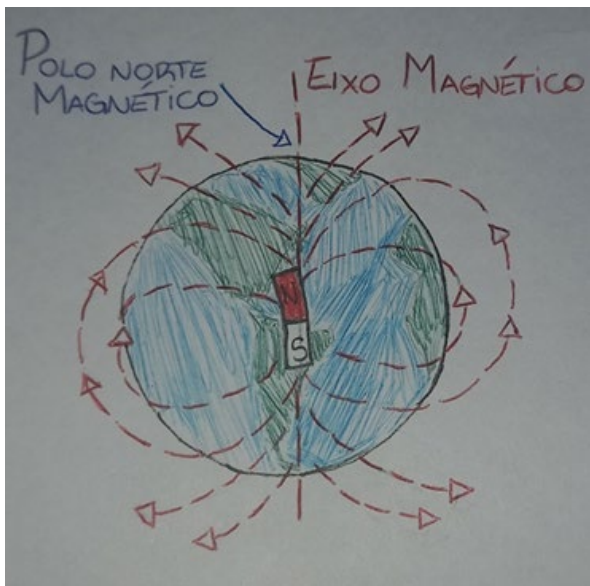
Y allí aprender de tus errores, asustar a tus miedos, y disfrutar con tus locuras”.

La verdad que me gustó mucho ese relato, pero sentía que le faltaba algo a mi cuento. Por lo que le pregunté a mi papá.

—Papá, ¿sabes algún concepto sobre las brújulas? — le consulté.

—Creo saber un poco—me dijo.

—Las brújulas utilizan como un medio de funcionamiento el magnetismo terrestre. La aguja que está imantada indica la dirección del campo magnético terrestre, apuntando hacia los polos norte y sur. La brújula funciona en cualquier zona del mundo, menos en las zonas polares norte y sur, debido a la convergencia de las líneas de fuerza del campo magnético terrestre- me explicó.



Cuando me terminó de explicar supe cómo podía empezar, pero al instante recordé la brújula que usaba a los 4 años, era una brújula de juguete y la perdí en una tarde de juegos. Estaba jugando en la plaza a ver en qué dirección se encontraba un tobogán, hasta que me distraje por ver a un avión pasar y la perdí. Era un objeto simbólico muy especial para mí, ya que me lo había regalado mi abuela y cuando lo perdí, lloré en todo el día, mientras que mi familia me trataba de consolar.

Me encontraba en aquella plaza tratando de recomodar las ideas que me dieron mi mamá, mi hermano y mi papá, pero había algo que me distraía, más bien me molestaba. Observé mí alrededor y había algo enterrado, por lo que decidí

desenterrarlo y era nada más ni menos que mi brújula, por la cual había llorado noche y día, seguía intacta, tal como la había olvidado aquella vez.

Fui corriendo a mi casa a comentarle a mi familia sobre mi hallazgo.

—A que no adivinan qué encontré—les dije.

— ¿Qué cosa encontraste? —me preguntaron.

—Ni más ni menos que mi brújula de cuando era más chica—les dije.

— ¿Por la cual lloraste día y noche? —me preguntó incrédula mi mamá.

—Sí. —le dije—Resulta que la había enterrado debajo de un árbol y como nos fuimos rápidamente a casa, no tuve tiempo para desenterrarla.

—Mira, justo el concurso es sobre la temática de una brújula y te acabas de encontrar la tuya que se encontraba perdida—me dijo mi hermano riéndose.

—Al parecer esa fue tu señal para que empieces tu cuento—me dijo mi papá, riéndose de las ocurrencias de mi hermano.

—Supongo que sí—me terminé riendo junto a ellos.

Así es como al final pude empezar mi cuento y puedo decir que algunas veces es necesario desorientarse para saber quiénes somos, en nuestro punto cardinal saber aprender de nuestros errores, asustar a esos miedos que nos atemorizan y disfrutar de nuestras cualidades y locuras.

